



VAN DER SMISSEN, DE POTIER Y RAMÓN MÉNDEZ

## CAPITULO XXX.

(1865)

Maqueda.—El ejército del centro en Uruapan.—Gran parada.—Un banquete.—¡La gloria del cadalso!—Méndez avanza sobre Uruapan.—Sorpresa de Santa Ana Amatlán.—Los prisioneros.—Los mártires de Uruapan.—Méndez, general de brigada.—Rasgos biográficos de Arteaga, Salazar, Díaz, Villagómez y González.—Un año siete meses después de los fusilamientos.

Comenzó el mes de Octubre. En los primeros días llegó á Tacámbaro D. Francisco Maqueda, procedente de La Providencia (hacienda de D. Juan Alvarez), trayendo para el general Arteaga algunas comunicaciones del Sr. Juárez y cartas del caudillo del Sur. En aquéllas se daba noticia del estado de las fuerzas republicanas en la frontera del Norte y en Sinaloa, y en las segundas, el general Alvarez avisaba el envío de dichos pliegos recibidos por la vía de San Francisco California, y manifestaba además á Arteaga y á Salazar cuánto se congratulaba de que hubiesen terminado entre ellos las diferencias que, con perjuicio de la patria, habían surgido en mala hora.

Al revisar el apunte de donde tomo el párrafo anterior, he encontrado el nombre de Maqueda y he debido mencionarlo aquí, porque desde la revolución de Ayutla sirvió en las filas de los liberales como correo, con valor, con inteligencia, con lealtad y con patriotismo. Si no era de absoluta necesidad, no se le daban oficios ni cartas; llevaba en su memoria los

asuntos de que había de tratar, y de la misma manera comunicaba la respuesta. En la campaña, cuando menos era esperado, llegaba con avisos oportunos, pues que en el desempeño de su encargo de correo tenía ocasión y gusto de asumir el papel de explorador. Relacionado con infinidad de personas de todo el país, conociendo á palmo los caminos de toda la República, entraba á las poblaciones ocupadas por el enemigo ó salía de ellas, burlando la vigilancia de las autoridades y jefes; oculto tras de una roca ó tras de un árbol, en el fondo de un bosque, contaba las fuerzas contrarias y calculaba el contenido de las cargas conducidas por las acémilas. Adivinaba en un caminante de á pie ó de á caballo, si era correo del enemigo, y conversando con él, aclaraba el hecho, y era seguro que los pliegos caían en su poder. Había aprendido á mascullar el francés, y muchas veces, fingiéndose comerciante ó ranchero, se hacía el enconradizo con una columna de los invasores y se iba platicando con ellos hasta informarse del objeto de su expedición. Por esto Maqueda no tenía precio. Los jefes lo distinguían con sus consideraciones, y todos lo queríamos. Tenía en el ejército el empleo de comandante de escuadrón; pero á él le placía más que se le diera el título de *correo de gabinete*, y alegaba para ello sus viajes á Chihuahua ó á Paso del Norte á conferenciar con el presidente D. Benito Juárez.

Ahora bien, apenas acababa de llegar Maqueda de la costa de Acapulco, cuando el general Arteaga lo envió á hacer una excursión rapidísima por Morelia y Pátzcuaro, con orden de que se le incorporase en seguida en Uruapan. Maqueda supo en la capital del Estado, que Méndez, recién venido de Zitácuaro, se preparaba para salir sobre Tacámbaro. En Morelia y en Pátzcuaro se había hecho correr la noticia de que los chinacos hacían poderosos esfuerzos para reorganizarse en Tacámbaro; pero que, faltos de recursos y de gente, su tarea era ímproba é impotente.

Para referir los sucesos que entonces tuvieron verificativo, voy á permitirme copiar la parte relativa del discurso que pronuncié en Uruapan el 21 de Octubre de 1893, al inaugurarse el monumento que, gracias al Presidente de la Repú-

blica, general de división D. Porfirio Díaz, se erigió en aquella ciudad con motivo de estos mismos sucesos. Esa pieza, más bien narrativa que oratoria, es exacta en todos sus detalles. Dice así:

“¿Cuál no sería el estupor de los partidarios del imperio, cuando llegó á sus oídos la noticia de que el Ejército del Centro había renacido de sus propias cenizas! Desde el día 1º de Octubre del mismo año, comenzaron á reunirse en esta ciudad considerables fuerzas al mando del general Arteaga, salvado de la muerte. Aquí se presentó Riva Palacio, á la cabeza de los valientes hijos de Zitácuaro, y como general en jefe de la 1ª división; Zepeda con los patriotas de Jalisco; Domenzain con los infatigables guerrilleros de Guanajuato; la guardia nacional de Toluca, que había estado á las órdenes del abnegado coronel José María Hernández, entonces prisionero en Morelia; Jesús Díaz con sus antiguos soldados de Paracho; Villagómez, apuesto é inteligente joven salido de las aulas del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, trayendo á sus órdenes el más disciplinado regimiento de caballería; Villada, modelo de coroneles, con su bien equipada y decidida tropa; Arias, Garnica y Ronda, con los rancheros de Zacapu y de Coeneo, veteranos en las guerras de Libertad; los batallones del indomable Villanueva, del audaz Méndez Olivares, del pundonoroso y sufrido Espinoza, actual Tesorero general de la Nación; de Leonides Gaona, tipo de la lealtad y la constancia, y de tantos otros cuyos nombres sería cansado mencionar.

“Desde luego se supo en la ciudad que el general en jefe disponía verificar una gran parada, á fin de conocer el efectivo de las tropas y sus elementos de guerra, y que sería aprovechado aquel acto para entregar el estandarte al regimiento “Lanceros de la Libertad.” Temíase que la solemnidad no tuviera todo el brillo correspondiente, porque en aquel año las lluvias fueron abundantísimas y tenaces, produciendo inundaciones en muchas comarcas del país. En Octubre aún cubrían el cielo negras y pesadas nubes, y en la tierra una luz difusa entristecía el ánimo de los hombres y daba tintes siniestros á la vegetación.

“Pero amaneció el día 5 fijado para la ceremonia, y hubo entonces un sol esplendoroso, brillando en el Oriente; el aire húmedo y limpio se mecía en imperceptible brisa que suspiraba entre el follaje. A lo lejos se oían el redoble de los tambores y el metálico són de los clarines. Los batallones y escuadrones se dirigieron al espacioso llano que se dilata al Oriente de la población: allí formaron la extensa línea de batalla. A poco el general en jefe, acompañado del Cuartelmaestre Carlos Salazar, del general Riva Palacio y de los estados mayores, llegó al campamento y fué saludado con los acordes del himno nacional.

“Entonces se oyó la voz de Salazar, mandando la parada; las fuerzas abrieron sus filas y se pasó revista. Después el general Arteaga entregó al coronel Ronda el estandarte destinado á su regimiento: las tropas presentaron las armas ante el símbolo del honor, que es para el soldado la representación de la patria. Durante la protesta se oían las notas solemnes de las bandas militares, que en seguida sonaron dianas en medio de los vivas de tres mil espectadores.

“Concluído el acto, la tropa desfiló á acuartelarse: los jefes se encaminaron á una de las más hermosas casas de campo de la ciudad, mansión llena de poesía que más tarde recibió el melancólico nombre de *Cineraria*. Allí iba á verificarse un banquete que la Municipalidad ofrecía á los caudillos republicanos.

“¡Cuántos arranques de patriotismo escuchamos aquel día en los brindis de Riva Palacio, de Salazar, de..... todos! Se celebraban allí las hazañas de los compañeros de glorias é infortunios que quedaron en los campos del combate. En la mesa, los rostros de los convidados revelaban un enternecimiento marcial. De repente, la orquesta de Paracho, esa dulcísima y gemebunda música de los *purépecha*, nos dejó oír una triste canción entonada en tarasco. Era su himno á la pérdida de Puebla; el recuerdo de aquel día en que muchos defensores de la plaza quedaron sepultados entre los escombros producidos por la artillería francesa, en que otros perecieron al rigor de las armas, y los demás partieron á remotas tierras en duro cautiverio; y el cantar concluía: “¿y no hemos de lamentar la

pérdida de aquella ciudad heroica? ¿y no hemos de llorar á aquellos hombres que juraron de corazón defendernos?”

“Las lágrimas corrían por las mejillas de todos al vibrar de las endechas que parecían sollozos.

“Aún duraban los ecos de aquel cantar sentido, cuando vimos á Arteaga en pie, en la mano la copa, en los ojos un destello del sol de libertad.

“Y oímos brotar de los labios del héroe estas palabras: “Señores, ¡por la gloria del cadalso!”

“Todos nos inclinamos ante aquella mirada, y sobrecogidos de emoción escuchamos aquella voz profética. Sublime era la actitud del caudillo, saludando á la muerte y ofreciéndose en holocausto por la patria!

“Cuatro días después, ocupado el general en jefe en la reorganización del ejército, llegaron á todo escape unos exploradores, avisando que Méndez, el paladín del imperio, con una brigada de dos mil hombres, había salido de Pátzcuaro y se dirigía á esta ciudad. El general Arteaga citó una junta de guerra, en la que solamente Riva Palacio opinó por esperar al enemigo y presentarle batalla. Los demás jefes juzgaron preciso retirarse ante un adversario, si menor en número, superior en elementos de guerra y en disciplina. Entonces el general en jefe dispuso que se fraccionase la fuerza en tres secciones: una de novecientos hombres, al mando de Riva Palacio, recibió orden de amagar las plazas de Pátzcuaro y de Morelia con el fin de atraer sobre sí á las tropas de Méndez, en tanto que Arteaga con mil doscientos soldados, y Zepeda, que había salido ya el día anterior con quinientos, penetrarían por dos distintos rumbos en el Estado de Jalisco para insurreccionarlo de nuevo.

“Serían las tres de la tarde cuando las columnas emprendieron su marcha: la primera en dirección á Paracho, y la segunda por el camino de Tancítaro. La tercera había tomado rumbo hacia Parangaricutiro. En aquella hora se entoldó el cielo; la naturaleza parece luego presentir el desastre y se produce una misteriosa simpatía que liga los seres con las cosas, tomando parte el universo en las acciones humanas.

“Como si los elementos quisieran formar un contraste su-

blime, el día de la gran parada el espacio se llenó de luz, con profusión de armonías y de colores que lo animaban todo; en cambio, el día inicial de la catástrofe se cubrió con tupidos velos, los árboles y las hierbas tomaron tintes sombríos, y oscuros nubarrones rodaban con estrépito, intermitentemente iluminados por el relámpago.

“La ciudad estaba silenciosa, pero de pronto oyóse tropel de caballos. La descubierta de imperialistas entraba á galope tendido, y se dirigía al camino de Tancítaro, por donde iba el general Arteaga. Al llegar á los suburbios se mezclaron la lumbre del rayo y el ronco rugido de los truenos con los disparos de los mosquetes y los juramentos de los hombres. En medio de la pelea, Salazar, arrogante en su caballo tordillo, lanzaba vivas á la República, é hizo por fin retroceder á los guerrilleros de la columna imperialista.

“Si se hubiese seguido la inspiración de Riva Palacio, nuestros soldados habrían vencido fácilmente en aquel día á los traidores. La tremenda tempestad que se desencadenó á la hora de la retirada de los republicanos se prolongó toda la tarde: los cuerpos de la brigada del coronel Méndez se dispersaron en el llano, perdiéndose en el camino en medio de espantosa obscuridad, y mucho fué que la pericia militar de aquel jefe hubiera logrado reunir sus dispersas tropas en el curso de la noche. Pero el destino, más negro todavía que las tinieblas del ciclón, había decidido una suerte contraria.

“Méndez, ya muy entrado el día siguiente, emprendió la persecución contra el general Arteaga, fingiendo por de pronto seguir á Zepeda. En Tancítaro volvieron á tirotarse las guerrillas de Méndez y de Arteaga. El jefe imperialista dió un corto descanso á su tropa en aquella población. Entretanto Arteaga apresuró su retirada, dejándola cubierta con la pequeña fuerza que mandaba Solano, y con los exploradores de Tapia. No quiero recordar cómo después Solano, presa de la desesperación y avergonzado por su ineptitud, vagó solitario por los montes hasta que vino la muerte á darle el único consuelo que deseaba; ni cómo Tapia, acosado tal vez por los remordimientos, huyó á países desconocidos á consumir el precio de su traición.

“El 13 de Octubre, á las once de la mañana, llegó la división de Arteaga al pueblo de Santa Ana Amatlán, situado en la tierra caliente. Los soldados habían caminado de noche, sin rancho, sin tiempo para restaurar sus fuerzas. Ni se acuartelaron tampoco, sino que pusieron sus fusiles en pabellón, y rendidos de cansancio, cayeron en profundo sueño. Los jefes hacían lo mismo en las habitaciones en que se habían alojado.

“Aún no transcurría una hora, cuando los vecinos de Amatlán oyeron un sordo rumor, como el de la tempestad que se avecina: á intervalos, en medio de aquel ruido, se elevaban voces ininteligibles, extrañas. Luego, más claro, gritos de *viva el imperio!* se escucharon en las calles, y se vió una verdadera avalancha de jinetes precipitarse sobre el campamento. No había habido tiempo de tocar generala.

“El primero de nuestros jefes que comprendió la sorpresa fué el coronel Villada, quien inmediatamente se dirigió á incorporarse á su batallón; en el tránsito se vió rodeado de los exploradores de Méndez y estuvo en peligro su existencia, hasta que uno de los oficiales de la columna enemiga lo hizo prisionero. El general Arteaga y sus ayudantes fueron aprehendidos en su alojamiento. Por todas partes aparecían los jinetes de la guerrilla de Méndez, conduciendo presos á nuestros oficiales. Nuestros soldados se dispersaron en distintas direcciones, ocultándose entre la tupida maleza del campo. Apenas los traidores pudieron apoderarse de ochenta, á quienes el cansancio ó las enfermedades impidieron la fuga. Pocos instantes después, el grueso de la columna, con Méndez á la cabeza, hacía su entrada en el pueblo, cuando ya no tenía enemigo que combatir.

“Sólo dos hombres luchaban como leones, guarecidos en una casa y acorralados por más de cincuenta adversarios. Primero dispararon los fusiles de sus asistentes, después hicieron uso de sus pistolas, y cuando el parque estuvo agotado, lanzaban contra los asaltantes toda clase de objetos. Uno de aquellos hombres admirables, el que parecía de mayor graduación, mandó prender fuego á la casa para morir entre las llamas, más bien que caer prisioneros. Se ejecutaba ya la or-

den. En aquel momento un ayudante de Arteaga, conducido por una escolta del imperio, comunicó á aquellos luchadores sublimes que el general en jefe les ordenaba rendirse. Entonces Salazar, y su amigo y subalterno Jesús Ocampo, que acababa de ser herido gravemente, salieron de la improvisada fortaleza y se entregaron al enemigo.

“Todo había terminado. En la tarde, ya en sus cuarteles los imperialistas, estando los prisioneros en medio de numerosos centinelas, y las familias de Amatlán presas aún del espanto y de la tribulación, la música militar de Méndez hizo alarde de tocar los cantos patrióticos de los republicanos, y profanaba el himno nacional.

“Entre Santa Ana Amatlán y Uruapan hay menos de veinticuatro leguas. Cualquiera tropa puede forzar el camino en dos días. Méndez, empero, dispuso verificar una larga carrera triunfal para exhibir á sus prisioneros. Se dirigió hacia el Sur, rumbo á Apatzingán, atravesando aquellas pampas de fuego; retrocedió en seguida, tomando la dirección del Norte, por lo más áspero de nuestras elevadas cordilleras, y se encaminó por fin á esta ciudad haciendo siete fatigosas jornadas en que los prisioneros, muchos de ellos heridos y todos á pie, hambrientos y acosados por la sed, habían traspuesto más de sesenta leguas. Los habitantes de Uruapan, encerrándose en el interior de sus casas, oyeron en las últimas horas de la tarde del día 20 la entrada de la columna imperialista que conducía la fúnebre procesión de los destinados al suplicio.

“Acabaron de alojarse las tropas. Méndez dió orden de que los generales Arteaga y Salazar, y los coroneles Villada, Díaz y Villagómez fueran puestos en capilla.

¿A qué debemos la fortuna de que al menos uno de aquellos hombres, condenados á muerte por el odio implacable de Méndez, viva aún y preste todavía sus importantes servicios al país? El general Villada se distinguió siempre en el curso de aquella guerra por su generosidad con los vencidos. Debíanle la vida muchos de los oficiales que militaban á las órdenes de Méndez. Por esto en esa vez, la oficialidad toda de aquella columna del imperio exigió que no se llevase á cabo,

respecto de Villada, la sentencia de muerte. Alguien dijo en aquel momento que debía sustituir al joven coronel el capitán Juan González. Lo señaló como víctima suya el fanatismo; porque siendo González sacerdote católico, andaba cometiendo el execrable crimen de defender á su patria.

“Aquí, señores, mis recuerdos se multiplican, y sin embargo no debo fatigaros con episodios y detalles difusos. Basta lo expuesto para ver cómo quedó preparada la catástrofe tantos días antes prevista. ¡Suceso deplorable que colmó de dolor á todos los patriotas y que nunca olvidará la Nación!

“Uruapan estaba profundamente silenciosa, adivinándose que en cada hogar había corazones oprimidos y ojos que derramaban lágrimas.

“Tristes y fugaces pasaban las horas en aquella lóbrega noche, oyéndose el pausado sonar de la campana del reloj. Los encapillados pensaban en su familia, y escribieron aquellas cartas sublimes que conoce la Historia. Serenos é imperturbables devoraban en silencio esa agonía sin estertor y sin consuelo de los que van á morir en el patíbulo.

“Amaneció el día 21. Las plazas y las calles estaban desiertas. La desaparición de los habitantes fué una muda, pero solemne protesta del pueblo contra los asesinos.

“De repente el redoble de los tambores y el sonido del clarín anunciaron que llegaba el momento. Las tropas ocuparon esta plaza: oficiales y soldados vestían sus trajes de gala. Los jefes de los cuerpos hacían caracolear sus caballos.

“Aparecieron dos escoltas: una fué á fijar el primer ejemplar que aquí se vió de la famosa ley de 3 de Octubre; la otra se dirigió á aquella casa <sup>1</sup> á sacar á los *reos* de la capilla.

“Entretanto se formaba el cuadro. Muchos de los soldados del imperio habían servido en otro tiempo á las órdenes de Arteaga y Salazar en el ejército liberal, y no podían contener los sollozos en aquellos instantes.

“Salieron los prisioneros. Arteaga con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente. No pudiendo andar á causa de sus heridas, se apoyaba en el brazo de Salazar, que se erguía altivo, espaciando la mirada llena de desprecio sobre la

<sup>1</sup> Situada en el portal “Rafael Carrillo.”